

DE VÍCTOR DOMINGO SILVA

GLORIA

I

Ayer, cuando espoleado mi instinto vagabundo
por locos pensamientos de conquistar el mundo,
dejé el rincón paterno, lo mejor del bagaje
de ensueños y quimeras que a la espalda me traje
fué la ambición suprema de consagrarme un día
poeta de la tierra de mis padres, y mía.

¿Qué ilusión más hermosa? Nunca esperanza alguna
llenó de más dulzores el vaivén de mi cuna
ni hizo temblar, en raptos de más puro cariño,
como una gota de agua mi corazón de niño.

Porque yo amé con ciega pasión, con ansia ardiente
tu mar azul ¡oh Patria! tu cielo trasparente;
la brega de tus pueblos, la paz de tus alcores;
tu sol, tus campos pródigos de efluvios y colores;
tus lagos pintorescos, tus gráciles colinas,
tus pampas y tus selvas, tus granjas y tus minas;
toda tú, cada palmo de suelo, cada poro,
desde tus islas de ámbar a tus montañas de oro!

¡Con qué vibrante júbilo, con qué ingénua alegría,
pensaba en la primera canción que entonaría
como ofrenda de amores a la Patria! Quimera
tal vez, pero adorable y adorada, yo hubiera
querido que mis versos, tronando en mi garganea,
ardieran y chispearan como una hoguera santa
para rociarte—¡oh cara visión de mis mayores!—
como con una lluvia de luminosas flores!

Más, ay! como palomas que a la crueldad del viento
despueblan de improviso los altos campanarios
así, cuando empezaban a desgranar su acento,
huyeron esparcidos mis versos veintenarios.
¿En donde hallar refugio? La Patria no existía
—imágen de una imágen—más que en mi fantasía:
la cuna de mis padres, el nido de mi raza
todo lo hallé a mi vista como una sombra, inerte...
¡Y enmudecí, sintiendo la invisible amenaza
de espantosos tambores que tocaran a muerte!

Y sabe Dios que nunca mi corazón tornara
a acariciar la ofrenda que hoy dejo ante tu ara
oh, Patria! oh, dulce Patria! si una ilusión tan bella
no hiciera como entónces resplandecer tu estrella;
si un nuevo soplo, lleno de juventud y brío